

# 655321

655321

German Valenzuela<sup>1</sup>

*“ I am the poet of the Body and I am the poet of the Soul, the pleasures of heaven are with me and the pains of hell are with me”*

Walt Whitman

## Veintiuno

Cuando era niño soñaba con ser Superman. Me hubiera gustado parecerme a Christopher Reeve con los ojos celestes, el porte colosal atrapado en su traje azul y rojo, y ese bucle de pelo ondulado decorando su frente.

Un día decidí volar lanzándome desde un árbol mediano. Caí sobre el pasto y me quedé vigilando las risas de quienes habían contemplado semejante desastre. Cuando te dejas caer no piensas en las consecuencias. Además, un héroe kryptoniano no siente dolor porque es invulnerable. Eso lo sabía por las series y películas que había visto.

## Cincuentatrés

Fueron mis padres quienes me rescataron. Tenía los brazos y piernas destrozadas. Hice esfuerzos para contener las lágrimas pues nunca había visto llorar a Superman, pero no fue suficiente.

Mis padres me llevaron a una clínica local. Les dijeron cosas que no pude escuchar. Luego y sin despedirse, me dejaron solo en un cuarto pequeño. Tenían que trabajar para poder pagar mis atenciones y el costo de sus visitas.

Una tarde, iluminado por unos escasos haces de luz se apareció. Era la primera vez que lo veía.

Idiota, aquí vas a pasarla mal- me dijo un hombre vestido con un mandil blanco, mientras presionaba mis piernas, con una gestualidad que solo podía transmitir odio.

Recibí la visita de mis padres muy pocas veces. Ellos trabajaban en una ciudad lejana. El doctor Brodsky les había comentado que tenía los huesos infectados y pasaría hospitalizado por lo menos nueve meses. Aún recuerdo su aspecto: delgado, los brazos largos terminando en unas manos minúsculas, el rostro pequeño y los ojos sin luz. El bigote lacio y negro como si fuera una vieja escobilla de zapatos, ocultando su risa macabra.

---

<sup>1</sup> Médico internista.

Unas semanas después de haber sido admitido en ese espacio miserable, el doctor ordenó que no me dieran de comer y me dejaran sangrar hasta que me desmayara. Además, indicó que no curaran mis heridas repitiéndome “no vas a salir vivo de aquí, Superman”

Un día cualquiera, cuando abrí los ojos, me encontré con una habitación que reconocía como mía por los posters de los superamigos pegados en sus paredes. Por las noches no podía dormir. Recordaba cómo Brodsky casi al terminar su turno, me amarraba a la cama colocándome unos audífonos con música a todo volumen, la cual mantenía hasta antes de que comenzara el nuevo día. Si mis padres hubieran conocido sus métodos, quizás (nunca se sabe), no me habrían dejado sólo.

### **Sesentaicinco**

Mis muslos se sostienen por un par de prótesis de fibra de carbono. Ahora entiendo que no soy un superhéroe ni que tampoco puedo volar. Por el contrario, una grotesca cojera dificulta mis movimientos. A pesar de ello sigo vivo, y en estos tiempos la vida puede considerarse como un regalo pues las noticias relataban los datos crecientes de muertos y enfermos a nivel mundial. Un virus, de compartimiento agresivo y que habitaba en las secreciones humanas, comenzó a propagarse. En las primeras semanas de enfermedad no generaba síntomas, así que quienes creían estar sanos también lo transportaban. Adultos y viejos comenzaron a morir. También los niños.

Las noticias en la televisión me motivaron a fabricar y donar millares de mascarillas y trajes de protección personal para la clínica de Brodsky.

Pocos sabían de ese acto generoso (solo Superman que a veces me hablaba por las noches, matizando mis pesadillas con imágenes coloridas en las cuales podía correr y volar, desafiando la velocidad del sonido).

Coloqué mis donaciones en envoltorios sellados de colores azul y rojo, y marcados con una “S”.

Antes de hacerlo, y en un taller gigantesco, convoqué a un grupo de jóvenes y adultos para evaluar el estado de los trajes y las mascarillas. Los cuerpos de mis modelos se deshacían por la fiebre y la falta de oxígeno.

A pesar de ello, les exigí entonar canciones patrióticas, las cuales eran frecuentemente interrumpidas por sus accesos de tos o sus desmayos. Desde una oficina misteriosa, los observaba de pie, haciendo esfuerzos para que las prótesis no me generaran demasiado dolor. Me acordaba de Brodsky y de sus frases que intentaron poner límites a mi vida.

Imaginar la escena en la que él y sus asociados vestirían mis donaciones me parecía interesante.

### **Correspondencia:**

Germán Valenzuela  
german.v.valenzuela@gmail.com

Fecha de recepción: 02-05-2020.  
Fecha de aceptación: 20-09-2020.